





BRICK À BRACK



Raúl Tort

BRICK À BRACK



Primera edición: abril 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Tort

© Diseño de cubierta: Daniel Miró, basado en una imagen digital sobre papel de Susana Pérez Tort, obra titulada *El patriarca*.

ISBN: 979-13-87814-10-6

ISBN digital: 979-13-87814-11-3

Depósito legal: M-9928-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis amigos de siempre*





## Nota del autor

Los treinta y ocho cuentos que comprenden este libro no están reunidos por azar. Componen un *brick à brack* que, respondiendo al nombre elegido para titularlos, es heterogéneo aunque todos los relatos que lo componen estén unidos por lazos que, a veces son sutiles y en otras ocasiones, evidentes.

Los dieciséis primeros tienen a Jorge Luis Borges como referencia. Advierto al eventual lector que es conveniente conocer la vida y obra de Borges para mejor lectura de estas humildes narraciones y hallar quizás mérito en ellas, si es que alguno tuviesen. Es más, me animo a decir que son relatos que requieren previamente haberse acercado al Maestro, a su vida y a su obra. Yo he tenido la suerte, en mi época de estudiante, de haber conocido el apartamento de la calle Maipú donde vivía y haber atisbado su vieja casa familiar de Adrogué. He *fatigado* la biblioteca de la calle México de la que era director y creo haber leído todo lo que escribió. Conocer su fascinación por los espejos y los laberintos, por las quimeras y la eternidad, facilita algunas claves. Su saber enciclopédico puede abrumarnos, pero en lecturas como la del sutil «Inverness» se trasunta su sensibilidad y podemos reconocer allí y en otras similares al hombre capaz de enamorarse que a veces queda oculto detrás del erudito.

Por su orden, estos cuentos que me atrevo a calificar de «*borgeanos*», son:

«Disolución», que propone el problema, de la identidad y la conciencia de ser uno mismo. En esta narración, cierta ambigua

ironía intenta hacer menos grave un planteamiento que no pretende ser frívolo. La trama es simple: en Stuttgart, un ciudadano alemán no sabe a ciencia cierta si es Raúl Tort o, a la inversa, Raúl Tort duda de si es Patrick Schwarz, y apela, entre otras explicaciones, al planteo del sueño como fuente de la realidad. Si las referencias urbanas son certeras, se debe a que responden a un viaje y propósitos reales, con descripciones y personajes que tomé verazmente de mi periplo por Düsseldorf en cierta ocasión al cabo de la cual escribí el relato.

En «Alteración» el protagonista vive una experiencia que, desde la lógica, se resiste a todo análisis. En su búsqueda halla entre otras explicaciones, la borgeana duda de que pudiéramos ser el resultado de un sueño. Es la misma angustia expresada en la obra anterior, pero con distinta aceptación.

«Los laberintos» puede considerarse un cuento de amor. Tuvo su inspiración en «El jardín de los senderos que se bifurcan». Espero que el lector halle la puerta correcta.

Me disculpo si entre «El merodeador» y «La lumbre y las sombras» hay coincidencia temática, pero resalto que en el primer caso el protagonista puede ser cualquiera, quizás uno mismo, mientras que en el segundo el personaje es don Jorge Luis, quien ahora descansa en paz en Ginebra, como así también lo hace en el cuento.

Intentar eludir la muerte despertando de ella como de una pesadilla es también parte del cuento que titulé «Las cajas chinas» y en el cual Borges es citado acertadamente por uno de los personajes.

Para quien esté familiarizado con el gran escritor argentino, «Labyrinthos» le resultará fácilmente comprensible. Yo siempre recuerdo la vieja Biblioteca Nacional de la calle Méjico que ya he mencionado y adónde quien suscribe iba muchas tardes a estudiar y de la cual J. L. B. fue director. Vuelvo aquí a mencionar, obligadamente, a «El jardín de los senderos que se bifurcan».

«El intruso» recrea una geografía muchas veces evocada en la literatura de Borges y se nutre en su fascinación por los espejos.

«El libro» es un cuento fantástico, con un tema grato Borges y propio de sus elucubraciones. Obviamente no pretende emular «La biblioteca infinita», pero me refiero a esta y al insondable «Aleph».

«La ejecución» es un cuento fantástico que me fue inspirado por «El milagro secreto» de don Jorge Luis, y también en otro cuento, que es de la pluma de Ambrose Bierce.

«Tiempos del Oeste» es una vuelta de tuerca sobre el mismo tema.

«La trama secreta de las hormigas de la miel» puede tener una lectura meramente recreativa, como anécdota inverosímil, u otra más borgeana, sobre los sueños, la identidad y la necesidad de soñar.

En «Volar es para los pájaros» tengo un encuentro con mi interlocutor en la esquina de Serrano y Soler, cerca de donde Borges, en un poema («La fundación mítica de Buenos Aires») sitúa a la ciudad primitiva, alegando que la señalada por las crónicas históricas responde a «embelecó fraguados en La Boca». A partir de allí mi imaginación vuela, como pájaro en el aire. Cito a Kafka (no hubiera podido omitirlo), pero la raíz del cuento es «La pesadilla», un sueño que nos relató Borges en una conferencia y fue publicado con ese título.

También la figura de Borges es símbolo de un destino que se nos ha negado y denunció en «El temido regreso», una irónica parábola sobre Argentina y su devenir, donde enfrente a este con el filósofo y también escritor Ilya Prigogine, teniendo como escenario una imposible Argentina, agobiada por la cultura y el predominio del saber sobre las apetencias materiales.

Aunque destinado a mi libro *Cuentos de los Madrigales*, he incorporado «Ficciones» por ser don Jorge Luis uno de los protagonistas del relato. Me incorporé a la narración como anfitrión de dos monstruos sagrados, el mismo Borges y su amigo Adolfo Bioy Casares con quienes departo en el marco verídico de la estancia El Madrigal. Los personajes que nombro en la historia son verdaderos y cumplen en la realidad las funciones que les atribuyo,

a excepción de don Remigio, que solo tiene existencia virtual. En este relato afirmo como propio, lo que Borges insinúa respecto a la inmortalidad en *Elogio de la sombra* y en *Historia de la eternidad*, la tesis de que la inmortalidad constituiría, un castigo infinito.

«La muerte suspendida» refleja la admiración que suscitó en mí un óleo de Goya y me permitió un juego filosófico entre el arte y la vida. Lo he incluido allí por resonancia con el ya mencionado «El milagro secreto» y el mismo rechazo a la eternidad de la narración que lo precede.

En otro libro, que titularé *El espejo y las sombras*, aún inédito, estará Borges presente como inspirador de todas las narraciones que dicho libro contendrá, aunque quizás de forma menos explícita que la de las señaladas precedentemente.

Las otras narraciones de este volumen son:

*«Uno, Dos y Tres», que intenta explicar cómo nacieron la palabra, la escritura y la literatura, este arte del que me valgo para expresar lo que siento. Quizás la realidad haya sido parecida a lo que describo.*

Le siguen tres relatos, «La puerta de Tordesillas», «Puente de San Martín» y «Dédalo e Ícaro», que están ligados por el tiempo y los lugares donde transcurren.

«Plan de fuga» es un cuento fantástico, pero también una explicación válida de cómo la literatura puede llevarnos más allá, tanto en el tiempo como en el espacio.

«El renacido» y «La residencia» van de la mano, porque los unen las visiones de sus protagonistas y en ambos la muerte ha estado aguardándolos.

«El despertar» me pareció adecuado como eslabón entre el fin inexorable de todos nosotros y esa otra vida, la que anhelamos esté más allá y de la que a la vez dudamos.

«Ed è subito sera» nació por la honda impresión que dejó en mí Salvatore Quasimodo en un poema, mínimo en extensión, pero de gran profundidad, que expone la fragilidad de la vida ante los avatares del destino. Un querido amigo y compañero del Rotary Club, de Buenos Aires, Marino Dolce, me lo recitó al despedirnos después del almuerzo hebdomadario, y murió aquella misma sema-

na. Nunca sabré si fue una coincidencia o una premonición.

«Los tigres de Rudrapayang» pretenden crear un clima espiritual y ser, además, una aventura al estilo de Rudyard Kipling,

«El escritor» quiso ser un cuento sobre nuestra capacidad como escritores de crear personajes e historias, que aunque nunca escaparán de los folios que las contienen, pueden ser capaces de alterar el devenir de otras personas.

«El cruzado» hace su *viacrucis* camino a la nada y se evanece, mientras que «El fantasma de Fuenterrabía» emerge de esa nada y se resiste a desaparecer.

«Plutarco» constituye un juego narrativo entre dos tiempos que se superponen y crean una única identidad. La yuxtaposición temporal es sencilla de ver y en ambas vivencias el desarrollo culmina trágicamente.

En «Confluencia» vuelvo a un tema que me es grato y que ya desarrollé en otro de mis cuentos («La comunidad de los soñadores»), aunque esta vez lo hago en cuerda policial.

«Los enviados» es una chanza literaria donde contrapongo los perennes principios del bien y del mal pugnando por el alma de los hombres y en la que Eloy, su protagonista, es abandonado por el ángel y por el diablo.

«Susurros» es un cuento fantástico. Relata la muerte inexplicable del escritor Daniel Casares Quintana. La causa es revelada por una carta dejada por el occiso y a la cual la investigación policial se resiste a dar crédito. No puede hacerlo porque el testimonio de Casares confiesa su relación con los espíritus y en particular con el de su esposa, quien le ha susurrado que la otra vida es mejor y le insta a irse con ella. Su decisión de seguirla habría sido la feérica explicación del fallecimiento. Pese a leer la confesión del muerto y oír los mismos susurros, el investigador desestima las pruebas, tal como solemos desechar lo que nos incomoda. No obstante, los fantasmas seguirán allí.

«Los velatorios» es un cuento fantástico, que puede catalogarse también como de terror, pero solamente intenté en este contraponer el amor con la amistad, la traición y el rencor.

En «Las cajas chinas» superpongo un drama matrimonial con una ficción fantasmagórica y un crimen pasional. Hay en este un resabio de mi rechazo a los cementerios y a todo aquello que nos haga recordar nuestro destino final, aunque la Recoleta me atrajo como visitante curioso que se acercaba a los héroes y sus tumbas.

«Cuenta atrás» es un relato cuya factura no es original. No soy ni el primero ni seré el último en contar un futuro ilusorio en clave de presente. Si refleja con veracidad las circunstancias se debe a que tomé como referencias a mi apartamento frente al mar, en Manantiales, Punta del Este, a mi familia, mi perra y empleados y me vi nadando, tal como me gustaba hacerlo, sin internarme en aguas profundas. Allí transformé mi plácida natación matinal en una azarosa aventura de final trágico y en un juego metafísico donde el porvenir es ficticio y el presente ilusorio.

«Memento» es un cuento corto e íntimo, expresión de la pesimista visión referida a mi propia muerte.

El último relato, que lleva el mismo título que el libro, *Brick à Brack*, intenta dar coherencia al conjunto y es mi manera de decir que nada es lo que parece y que la realidad es tan ilusoria como los mismos sueños.

RAÚL TORT

## PRIMERA PARTE





## Disolución

*A mi amigo de siempre, Eduardo Augusto Bussolini Bourdet*

Mi querido amigo Eduardo:

Dudo recibas esta carta, pero si llega a ti, creerás sin duda alguna que estoy loco... y es posible que así sea. Te escribo porque eres mi más viejo amigo y porque recuerdo tu dirección de la calle Maipú, en Buenos Aires. De la planta estoy seguro, es la tercera, y tu oficina la señalada con la letra D, pero respecto al número del edificio vacilo entre 454 y 445. Por tal, y por muchas otras causas que de inmediato te contaré, es probable que la misiva se extravíe para siempre en alguna oficina del correo. Las direcciones postales de mis otras amistades entrañables las he perdido, porque habiendo confiado en la permanencia de las anotaciones de mi agenda, no las he guardado en la memoria. El hecho de que ya no tenga esos datos a mi alcance constituye un incidente más en la serie de los asombrosos acontecimientos que me han sucedido en las últimas horas y a los que podrás considerar veraces, o meras fantasías de mi imaginación de escritor. Aunque alcances a leerla y confíes luego en mis palabras, no creo que puedas hacer nada más por mí que el favor que te pediré al concluir, puesto que, cuando este relato llegue a tus manos, ya no existiré.

Trataré de exponerte lo que me ha pasado con veraz meticulosidad. Quizás sea el mejor recurso para dejar en orden mis ideas o, al menos, para terminar en calma y habiendo examinado todas las posibilidades. Tú sabes que siempre he sido de naturaleza cartesia-

na y que he sabido relegar la fantasía al campo de la literatura, sin permitir que esta invadiera los actos de mi vida racional. Empero, la situación en la que me encuentro me obliga, *in extremis*, a dar un giro en mis conceptos y abrirme hacia lo que hasta ahora he eludido. Es un reconocimiento tardío del sometimiento a mandatos que escapan a nuestro análisis, hecho cuando nada parece tener remedio. Lo que piense carecerá de importancia, pues cuanto está ocurriendo y lo que vendrá, en nada dependen de mi intelecto o de mi voluntad, salvo la determinación de ponerle fin.

Todo comenzó cuando regresé al hotel y la recepcionista se negó a reconocirme.

No..., si empiezo de esta manera no lo entenderás, de modo tal que retrocederé un par de días el relato y te diré dónde estaba y cómo llegué hasta allí.

Hoy es sábado, al menos de eso estoy seguro, y el viernes (tan solo ayer), a primera hora de la mañana, partí de Las Palmas de Gran Canaria hacia Düsseldorf, en un vuelo regular de la aerolínea Cónдор. Debía adquirir unos sofisticados repuestos, indispensables para el funcionamiento de la planta de la que soy (o era) responsable. Como recordarás, pese a tener un título de abogado y a mi constante deseo de dedicarme por entero a la literatura, los avatares de la vida me llevaron a ser director gerente de una fábrica. Mi disponibilidad para viajar, el conocimiento de idiomas y mi responsabilidad como ejecutivo, motivaron que fuese personalmente a Alemania a procurar esas piezas y llevarlas con prontitud a Canarias para poder reanudar de inmediato la producción interrumpida. Además, nunca he desechado la oportunidad de conocer otra ciudad, pues, pese a haber viajado tanto, siempre he deseado descubrir nuevos horizontes... y en Dusseldorf había estado solamente una vez, y por muy pocas horas.

Me alojé en el hotel Lindner, próximo al aeropuerto. Presenté el pasaporte y una tarjeta de crédito. Luego de cumplimentar mi tarea profesional dejé el paquete que contenía los recambios electrónicos que habían ocasionado el viaje en la habitación del hotel

y decidí salir a dar un paseo por el centro de la localidad. Como el vuelo en el que tenía programado regresar estaba fijado para el día siguiente, quedaba el resto de la jornada a mi disposición. Me resolví a caminar, que es la mejor forma de conocer una localidad, aunque el trayecto que me proponía recorrer fuese extenso.

Había nevado durante la noche. La nieve se acumulaba aún en los tejados y la escarcha sumía los jardines. El frío era polar y el cielo estaba cubierto por nubes grisáceas. El gélido viento me obligó a cerrarme el abrigo y abotonarlo hasta el cuello. Con las manos en los bolsillos y lamentando no haber llevado ni bufanda ni guantes (te cuento estos detalles nimios para demostrarte que estaba plenamente consciente de mis actos) comencé a deambular por las calles que me llevarían a la zona con construcciones históricas. Serían las tres de la tarde cuando partí por la Kalkumer Strasse, seguí después por Ulmen... luego por Münster... y al cabo me interné en las callejuelas del casco histórico. Me ayudaba con un plano que leía dificultosamente, porque las letras con los nombres de las arterias eran muy pequeñas y mi aliento empañaba las lentes de las gafas que estaba obligado a calar para no perderme en aquel damero. El primer tramo del paseo me agobió con sus casas parecidas las unas a las otras, replicadas, de fachadas sobrias y, reitero, muy semejantes. Durante varias horas anduve transitando sin rumbo fijo, deteniéndome en los edificios que llamaban mi atención, atisbando los escaparates, observando los monumentos y atravesando plazas fantasmales invadidas por la neblina y prácticamente desiertas.

Debe haber sido a causa del día tan desapacible que encontré a mi paso pocos viandantes. Los transeúntes parecían apurados por llegar a donde fueran. El gris del cielo había contagiado de tristeza a la metrópolis. Por alguna impresión indefinible, la gente que divisaba en mi andar me resultaban poco gentiles, como si yo advirtiera que mi presencia no les era grata. En realidad, nada podía reprocharles y, razonándolo, tal sensación era falsa, pero me sentí más que un turista, un invasor... alguien que no estaba donde debía estar, o sea un extraño. En verdad lo era. No hablo (no

hablaba) alemán y mis intentos de entablar una conversación con la camarera del café al que entré para hacer un alto en mi caminar, resultaron infructuosos no obstante haberlo probado en varias lenguas. Proseguí hasta el Rin, que discurría majestuoso y umbrío como ópera wagneriana, y la parte nueva de la ciudad donde se elevan imponentes edificios de oficinas. Ya había atardecido. Sus moles de simétrica perfección arquitectónica, abandonadas por sus ocupantes, se recortaban frías y distantes, con las luces apagadas.

Un único episodio interrumpió la monotonía de mi solitario periplo: fue el del mendigo que se me acercó con la mano extendida, hablándome en su idioma, que —obviamente— no comprendí. Yo quise desentenderme de él, pero aferró una manga de mi abrigo, al tiempo que señalaba el templo que se alzaba frente a nosotros. Extendió su mano huesuda y la agitó repetidamente con el puño cerrado. Me molestan los extraños, y más aún los menesterosos prepotentes. Me desasí con un empujón cuya fuerza no supe medir. Trastabilló y cayó al suelo donde quedó profiriendo lo que supongo sería una imprecación o una maldición. Me encogí de hombros y proseguí mi camino. No puedo darte el nombre de la iglesia. Era una vetusta edificación de piedra, de aspecto sombrío, con una torre muy alta cuya silueta se destacaba contra el cielo del ocaso al que el oculto sol del poniente teñía con tenues tintes rojizos... Del pordiosero solamente te digo que recuerdo su faz siniestra, de boca desdentada y barba crecida, y el sonido metálico de la voz con la que quizás algo me pedía o advertía.

Cuando se estaba haciendo la noche, ya muy cansado, y además enfadado por el desafortunado incidente, decidí volver a mi alojamiento. Subí a un taxímetro que me llevó con presteza al hotel. Y aquí he llegado entonces al lugar por donde había comenzado la narración.

Fui a mi habitación, la 309, y busqué en los bolsillos la tarjeta magnética que me permitiría abrir la puerta. No la encontré. «Quizás la he olvidado dentro del cuarto, y de no ser así, la habré perdido», me dije con fastidio. Bajé hasta la recepción. «¿Puede

hacerme otra tarjeta?», solicité a la joven que estaba tras la mesa de despacho. «Cómo no», me dijo ella, «¿cuál es su nombre?». Se lo di. «Aquí no está registrado, señor», replicó mirándome con desconfianza. «Debe tratarse de un error», alegué yo, «pues tengo la 309». «Facíteme su documento de identidad, por favor», me pidió la empleada. Lo extraje de mi billetera y se lo alcancé. «Señor Schwarz..., aquí le tengo, su habitación es la 903, ¿por qué me dijo usted que se apellidaba Tort?». Turbado, no atiné a responder. Me miró con desconfianza, observando el documento. Luego alzó las cejas. «Habré entendido mal», exclamó y extendió su mano hacia mí. Recibí la llave magnética y la cédula de identidad que le había entregado. La alcé hasta mis ojos y leí sin lugar a confusiones: «Patrick Schwarz» y para colmo de asombro, allí estaba mi foto.

Como comprenderás, mi confusión fue tal que superó la lógica y opté por retirarme cabizbajo, sin decir nada. Necesitaba pensar. Me senté en una butaca y simulé leer un periódico mientras mi mente pretendía desentrañar el misterio. Como primera medida, hurgué en la billetera. Allí estaban las tarjetas de crédito, la licencia de conductor y las tarjetas personales de visita. En todas estaban impresos ese nombre y ese apellido que me sonaban vagamente conocidos, pero que no eran los míos, pues yo soy, o creía ser, Raúl Tort, nombre con el que me has conocido desde hace casi medio siglo, y con el que suponía habría de morir.

Decidí subir al cuarto 903. Allí estaban mi ropa y mi maleta. El marbete de la valija señalaba que esta era propiedad de Patrick Schwarz. Por este también supe que él (o yo) vivíamos en Stuttgart, en el estado de Baden-Württemberg, en una calle y numeración que estaban escritos con mi propia letra y se burlaban de mi incredulidad.

Preso de la desesperación, me tumbé en la cama. Por más explicaciones racionales que pretendí elucubrar, no hallé ninguna que fuese aceptable a la luz de la razón y de la lógica. Me levanté. Revisé las pertenencias guardadas en la pequeña valija en búsqueda de algún rastro de mí mismo, sin encontrarlo, aunque Patrick y

yo teníamos al parecer los mismos gustos cuando adquiríamos la ropa. Resolví llamar por teléfono a mi esposa, quien a esas horas debía estar en casa, disponiéndose a comer, o mirando televisión con el gato sobre sus faldas. Con mano temblorosa digité los números correspondientes a mi vivienda. En vez de atenderme Susana, lo hizo una voz extraña que, luego de asegurarme había marcado correctamente, me informó que ese teléfono pertenecía a un tal Martín Lemos... y que no conocía a ninguna señora de Tort. Colgué desesperado. Telefoneé de inmediato a la empresa de la que era director. Al menos, siendo tarde, estaría conectado el contestador automático para que yo pudiese verificar que no estaba desvariando y que la planta industrial y sus oficinas continuaban en el sitio de siempre, pero me respondió un hombre que anunció me había comunicado con el restaurante Coeur de Filet. Esto es un sueño, me dije, mejor dicho una pesadilla. Llamé a mi anciana madre y respondió un extraño; intenté a continuación comunicarme con varias personas amigas, y ninguno de los números telefónicos recordados coincidía con los de mis amistades. Revisé la agenda, pero los nombres registrados en esta me eran desconocidos, aunque no dudé que aquella era mi vieja y ajada libreta, llevada de mi puño y letra, por desconfiar de los registros atesorados en el teléfono móvil. Me dije: Voy a intentar dormir y mañana esto quedará como una experiencia extraordinaria y todo volverá a ser nuevamente normal. Volví al lecho y cerré los ojos. A pesar de lo referido, y como si mis temores devinieran en cansancio, pronto me dormí. Caí en un sueño denso, del cual puedo recordar múltiples pesadillas.

Cuando desperté y recordé lo sucedido el día anterior, me abalancé sobre la cartera de cuero que había dejado encima de la mesilla... y allí estaban, incólumes, los documentos que acreditaban mi nueva personalidad. Decidido a conservar la calma, me vestí parsimoniosamente. Encontré el pasaje del vuelo reservado para esa mañana. No estaba destinado a Las Palmas tal como recordaba, sino a Stuttgart. Fui a la caja, pagué mi estadía y me dirigí

al aeropuerto aparentando tranquilidad. A mi pesar, me encontré hablando en alemán, idioma que hasta ayer me era desconocido, pero ya nada me sorprendía. Afortunadamente, aún puedo, como comprobarás, expresarme también en castellano.

Al llegar a Stuttgart, tomé un taxi y le di al chofer las señas de Schwarz. Llegamos a una casa amplia, emplazada en un barrio elegante, muy semejante a las otras que conformaban el vecindario. No supe si abrir la puerta con las llaves que tenía en mi poder, o tocar el timbre. Opté por llamar. Escuché unos pasos presurosos, y pronto apareció en el vano una mujer bonita que me tendió sus brazos. Sentí el calor de su cuerpo y mi cara se hundió en su cabello como una nave que atracara en su amarradero. Respondí al abrazo. Me besó y tomó mi abrigo. La seguí. Nada me era completamente extraño, pero tampoco me resultaba habitual. Me detuve en medio de la sala e hice que ella se volviera hacia mí. Mirándola a los ojos le pregunté: «¿Quién soy? Dímelo, por favor». «Patrick, Patrick, tú siempre con bromas..., ¿quién otro vas a ser sino mi marido, un brillante gerente de la Daimler Chrysler? Anda, date un baño que pronto volverán los niños...».

Ese fue el final. No pude resistir más. No quise vivir una vida que me era ajena aunque sabía que estaba a mi alcance. Abrí la puerta y ante el asombro de aquella mujer, quizás la mía, salí corriendo. Perdí la compostura y la desesperación se impuso al raciocinio.

Con un resto de cordura (aunque ahora lo considero un gesto inútil y condenado al fracaso) fui a una comisaría a exponer mi caso, con la ingenua esperanza de que la Autoridad sirviese de ayuda, pero el oficial de guardia me amenazó con detenerme por alterar el orden público y pretender burlarme de la policía.

Me pregunté qué quedaría de mí en Schwarz y si los afectos que aún siento perdurarían. Me di la respuesta que intuía: irían desapareciendo, a mi pesar y serían sustituidos por otros. ¿Por qué nuestro aspecto es idéntico? ¿Será él mi doble o soy yo el suyo?... al menos coincidimos en una misma época... ¿la existencia de uno

implicará la completa desaparición del otro? Como a esta altura habrás comprendido, dudo de mi sensatez. En un cibercafé me busqué en internet, pero no hallé vestigios ni de mi página web, ni de mis obras, las de Raúl Tort. Me he sentado entonces a escribir esta historia, la mía, que imprimiré y te despacharé por correo.

He procurado plantear diversas hipótesis: La más vulgar, la de que esto es un sueño y que algún día despertaré; otra, más esotérica, la de que soy presa de algún maleficio de esos de los que siempre me burlé; una tercera, la de que realmente soy Patrick Schwarz y he soñado con ser Raúl Tort, y una última, la más borgeana (y resulta sorprendente que un industrial alemán esté familiarizado con don José Luis) la de que tanto Raúl como Schwarz somos soñados por alguien que nos ha fundido sus sueños y cuando Él despierte, ambos dejaremos de ser. Quizás haya otras explicaciones, las de carácter científico, como esa de los mundos paralelos... pero ya sea alguna válida, o no exista ninguna, para mí no hay salida. No soporto no ser yo. Hay muchos modos de morir. Ya ha desaparecido lo más importante de mí, mi personalidad... y a este cuerpo solo le quedan horas o minutos de vida. Sí, lo he decidido. Las aguas del Neckar estarán heladas y sufriré muy poco. Un salto desde el puente y acabará esta pesadilla. Espero que el temor a lo desconocido no me haga vacilar a último momento. Quiero recordar un aria de Puccini que siempre me ha emocionado... y en cambio solamente vienen a mi memoria abrumadores compases del Ocaso de los Dioses.

Sirva esta carta de despedida, mi viejo amigo, y si es que tú fueras quien creo eres. Realmente, no sé ahora de quién debiera despedirme, puesto que aquello que conocí y las personas con las que conviví parecen no haber vivido jamás. Probablemente la crónica policial dirá que don Patrick Schwarz, gerente de la Daimler Chrysler, se ha suicidado sin explicación alguna, en su ciudad de Stuttgart, el sábado veintiséis de febrero del año dos mil cinco.

Al menos estoy seguro de que aquí, en Alemania, varios llorarán mi muerte. Los cuentos que escribí ¿se atribuirán a algún otro



escritor o nunca serán editados? Quizás, en un mundo paralelo, alguien haya logrado fama con mi obra, lo que sería un halago si llegase a conocerlo... pero, como sabemos, todo es perecedero y ese impostor, si llegara a existir, desaparecería también, tal como yo lo haré en breve. *Sic transit gloria mundi*.

Te abrazo.

Post data: verás que omito firmar con un nombre... Total, no estoy seguro de ninguno de ambos. Si Susana fuera real, y si tú la conocieses, dile que, con uno u otro apodo, yo he continuado amándola.



## Alteración

... y a semejante espacio lo llamamos infinito, porque no hay razón, capacidad, sentido o naturaleza que deba limitarlo. En él existen infinitos mundos semejantes a este... porque no hay razón...por la cual, si en este espacio que nos rodea existen, no existan igualmente en todo otro espacio que por su naturaleza no es diferente de este.

GIORDANO BRUNO

Hay otros universos posibles... y hay una infinidad de copias levemente diferentes, con el mismo número de protones, pero con algunos neutrones más o menos

FRANK WILCZEK

### I

El vuelo de la British Airways que ha partido de Londres llevando entre sus pasajeros a Jorge Luis Ocampo abandona el espacio aéreo uruguayo y se dirige al aeropuerto de Ezeiza. Este endereza el respaldo de su butaca y apoya la frente en el cristal de la ventanilla para atisbar el panorama que se extiende debajo. Lo alumbran las primeras luces del día, que será claro y templado. Han dejado

detrás campos y serranías, pasado sobre la Colonia del Sacramento y están cruzando ahora el Río de la Plata. Aunque es una experiencia reiterada, el paisaje que vislumbra desde la altura lo atrae de nuevo cada vez que lo contempla como si fuera la primera oportunidad que lo viera. El estuario leonado riela al sol tangencial y su orilla occidental, erizada de rascacielos, denota la pujanza de Buenos Aires, que se extiende cada vez más sobre la llanura, invadiendo lo que antes fueran quintas y parcelas arboladas. Alcanza a distinguir varios barcos mercantes surcando los canales de acceso al puerto. Sus estelas señalan el rumbo como flechas de espuma que borbotean en la superficie mansa. El blanco velamen de algunos veleros madrugadores resplandece sobre la ocre extensión del curso. La ciudad surge repentinamente y en su plenitud cuando el avión se inclina para iniciar la maniobra de aproximación al destino. El Riachuelo traza un límite sinuoso entre la Capital y la Provincia. Las aguas barrosas y oscuras de su cauce dan falsa impresión de ser plateadas. Están volando en una cota baja, inmersos en la luminosidad de un porteño día primaveral. Se han disipado las brumas matutinas y el rocío da pátina brillante a parques y frondas que alternan con la compacta edificación citadina. El damero de calles y avenidas se ve con nitidez. Sobrevuelan serenamente los suburbios porteños, de barrios residenciales y parcelas industriales de las que se eleva el humo grisáceo de las fábricas. También, a lo lejos, vislumbra el Delta del Tigre con sus centenares de islas, antes de que una nube, casi rastrera, oculte por completo el paisaje urbano. Sopla viento manso, de poca intensidad y nada parece dificultar un feliz aterrizaje. Los reactores emiten monótonos zumbidos, acordes con la menguante velocidad de la aeronave que, con medida parsimonia se acerca al objetivo, perdiendo paulatinamente su altitud.

## II

La cabina se estremecerse repentinamente, oyéndose un ruido sordo y extraño, como si hubiera sufrido un fuerte impacto en alguna parte del fuselaje o una explosión en su interior. El aeroplano se inclina de inmediato y con violencia hacia un lado, cual si fuera a precipitarse a tierra sin control. Son unos pocos segundos angustiosos que parecen eternos, hasta que el piloto consigue estabilizar la máquina. Ocampo no siente miedo. Los aviones son el medio de transporte más seguro, afirma para sí con convicción, quizás a fin de darse ánimo o, como dirían en España, quitarle hierro al suceso. Sin embargo, un acto reflejo le ha hecho aferrarse a los brazos del asiento y tensar los músculos. Se le ha secado la garganta, tiene el abdomen contraído y los pies afianzados en el piso. Está preparado para adoptar la posición recomendada en el caso de accidentes. Poco a poco se serena. El aterrizaje sigue como si nada hubiere ocurrido. No obstante, descartando causas, discierne que el estrépito que lo ha sobresaltado no ha sido el que produce el tren de aterrizaje retráctil al bajar. Tampoco ha sido algún ruido que pudiera identificar como ordinario. No, cavila, se vincula a otro motivo, quizás grave... ¿Avería en un motor? ¿Impacto de aves? ¡Vaya uno a saber con certeza qué ha sido! Empero, supone que el incidente puede haberse debido a una súbita ráfaga, o a turbulencias de aire claro, o a la interferencia con gases expulsados por las turbinas de otro aparato. Ocampo es un individuo racional y está intrigado. Quiere conocer qué ha sido aquello y estimar si aún corren riesgo de accidentarse. Mira atentamente hacia afuera, acercando su cara a la luneta para inspeccionar lo que alcanza a examinar desde allí. El ala de estribor, incólume, tiene, obviamente, sus dos motores firmemente adosados; los flaps están desplegados tal como es debido que lo estén para aterrizar; la superficie alar no denota fisura alguna; en el extremo brilla íntegra la aleta deflectora y nada ve fuera de lo esperable, al menos hasta donde puede vislumbrar a partir de su privilegiado otero, la poltrona situada junto a

la ventana en el nivel superior de la aeronave, que es un gigantesco Airbus A380. Tampoco ha habido descompresión súbita de la cabina y no han caído las mascarillas como cuando ello ocurre y así lo explican las azafatas en los decolajes. Mientras no haya un fallo que esté fuera de mi campo de visión, lucubra, vamos bien y llegaremos sin trastornos. Más tarde inquiriré cuál fue la causa del estampido. Nada hay de qué preocuparse, puesto que, fuera lo que fuese, ya ha sido superado.

El comandante no da a los pasajeros explicación alguna acerca de lo sucedido, demasiado atento, supone Jorge, a los mandos del aparato. Aunque la automatización es máxima en ese modelo y el ILS del aeropuerto debería conducirles por sí solo hasta la cabecera de la pista, imagina que el piloto estará abocado al comando manual y que lo acontecido lo habrá sacado del letargo habitual que invade a toda tripulación al cabo de once horas de travesía. Aquel percance —así lo califica— debía haber ocasionado un brusco descenso de la trayectoria, que a su vez habría alterado las instrucciones dictadas por la torre de control respecto al corredor y al nivel de tránsito asignados, los cuales deberían recuperar.

Algo le preocupa aún, pese a la normalización del vuelo, como si el incidente hubiera trastocado de alguna manera el orden natural de los hechos. Ni el siniestro ruido, ni el eventual «pozo de aire» que les habían conmocionado en una jornada calma, podían considerarse como algo habitual... y ambos debían estar ligados. Trata de convencerse de que alguna explicación técnica tendrán y que, oportunamente sabrá el motivo, pues toda consecuencia es debida a un acto previo, conforme al principio consabido de acción y reacción.

Él no comprende, todavía, que hay hechos, no solamente difíciles de explicar, sino siquiera de concebir...